SANDIAS Y MELONES

Sainete lírico de costumbres madrileñas en un acto y cuatro cuadros, en prosa, con música del maestro

ELADIO MONTERO

Estrenado en el teatro Eslava, de Madrid, la noche del 17 de diciembre de 1900

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AMPARO	Srta. Fernani.
SEÑÁ HILARIA	— Alba.
SEÑÁ ANTONIA	Sra. Salvador.
RITA	Srta. Loño.
ADELA	Sra. Banovio.
JULIA	Srta. Valverde.
SEÑÁ ASUNCIÓN	— Calatayud.
Una JOVEN	— Miralles (E.)
VENDEDORA	— Celia.
COMPRADORA	— García.
SEÑOR CALIXTO	Sr. Riquelme.
SIDONIO	— García Valero.
SEÑOR ROMÁN	— González (A.)
MANOLO	— Robles.
PERICO / Un POLLO	— Angulo.
CÁNDIDO	— Morcillo.
JULIÁN	— Casas.
COSME	— Guzmán.
Un ASTURIANO	— Medel.
PEPE / CHIRIMBOLO	— Miñana.
VENDEDOR 1.°	— Climent.
IDEM 2.°	— Marrazi.
IDEM 3.°	— Estébanez.
Un CANTADOR	— Castro.
El HOMBRE DEL CLARINETE.	— Monroy.
Un AFILADOR	— Noél.

Coro general.

La acción, en Madrid.—Epoca actual.
Derecha e izquierda. las del actor.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Patio de una casa de vecindad; puerta al foro, que da a la calle; a la derecha, en primer término, arranque de una escalera que conduce a los pisos altos; en segundo término, puerta practicable numerada. A la izquierda, en segundo término, final de otra escalera, que figura conducir a los pisos altos de ese lado. En primer término, puerta practicable, numerada también; frente a ella, un banco de carpintero con útiles de trabajo, dos cajones, una silla estropeada, tablones pequeños, virutas, serrín, etcétera, etc. A este lado de la escena, una ventana alta practicable. Frente a la puerta de la derecha, un artesón de los que usan para lavar ropa y un lebrillo al lado. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen el SEÑOR CALIXTO, trabajando en el banco de carpintero: cepilla un pequeño tablón. RITA, en el artesón, lavando. PERICO, CÁNDIDO y JULIÁN se juegan un melón que estará colocado en el suelo a cierta distancia. Le tiran monedas hasta ver quién consigue clavar una en su corteza. El HOMBRE DEL CLARI-

NETE pasa a su tiempo y se detiene a tocar en la puerta.
Un VENDEDOR ambulante pregona: «¡Sandías y melones!»
Un ASTURIANO que canta fuera de escena.

Música.

SEÑOR CALIXTO.—*(Trabajando.)*
Canelita, Canelita,
no me vengas a buscar,
que me han dicho que la lengua
la tienes muy afilá.
La tienes muy afilá
pa pinchar y pa mentir.
Canelita, Canelita,
tú no me pinchas a mí.

AFILADOR.
¡El afilaor!
(Se oye dentro al Hombre del Clarinete, que toca el vals «Frou-frou».)

CÁNDIDO.—*(Tira al melón.)*
Ponte más lejos.

PERICO.
Tírale ya.

JULIÁN.
Zurra que es tarde.

CÁNDIDO.
Pues allá va.
(Tira la moneda.)

JULIÁN.—*(A Cándido.)*
Zurra que es tarde.

CÁNDIDO.

Pues allá va.

PERIÇO Y JULIÁN.

¡Ja, ja, ja!
Más de dos metros
se fué pa allá.
¡Ja, ja, ja!

VENDEDORA.

¡Sandías y melones!
¡A cala melones!

ASTURIANO.—*(Dentro.)*

Si la fuente del Castaño
rompiera a hablar de repente,
¡qué cosas, neniña mía,
podría contar la fuente!
¡Ay morena
de mi alma!...

SEÑOR CALIXTO.

Canelita, Canelita,
no me vengas a buscar
que me han dicho que la lengua
la tienes muy afila,
la tienes muy afilá
pa pinchar y pa mentir.
Canelita, Canelita,
tú no me pinchas a mí.

AFILADOR.—*(Saliendo.)*

¡El afilaor!

(Sale el del clarinete y sigue tocando.)

ESCENA II

SEÑOR CALIXTO, RITA, PERICO, JULIÁN, CÁNDIDO y el HOMBRE DEL CLARINETE, que queda a la puerta tocando el vals «Frou-frou».

Hablado.

SEÑOR CALIXTO.—*(Dejando de trabajar ante la pesadez del músico ambulante.)* Oiga usté, buen hombre. *(El del clarinete deja de tocar.)* ¿No le sería a usté lo mismo irse a continuar el vals dos puertas más abajo, que hay una hojalatería?

CÁNDIDO.—Sí, hombre, sí. Y allí pué que le agradezcan a usté la lata... Tira, Perico. *(Perico tira al melón. El del clarinete vuelve a tocar.)*

RITA.—¿Verdaz que no sopla mal para la edaz que tiene?

CLARINETE.—¿Hay voluntad?

RITA.—Sí, hombre. Váyase usté que no le regañamos. *(Vase tocando.)*

SEÑOR CALIXTO.—*(A Rita.)* Oye, dile que si viene mañana, que no deje de tocarnos el «Frou-frou», que nos ha gustao. ¡Rediez con el sujeto! *(Acercándose a los que juegan.)*

JULIÁN.—*(Vuelve a tirar.)* ¡Dentro!...

CÁNDIDO.—Dentro de un rato, miá la perra. *(La coge.)*

JULIÁN.—Fíjate ahora, Perico. *(Tira.)* ¿Y ésa?

PERICO.—Esa sí.

SEÑOR CALIXTO.—Buena puntería, Julián.

CÁNDIDO.—Nos ha ganao...

JULIÁN.—Pues arza, a comernos el melón. ¿Quié usté una rajita, señor Calixto?

SEÑOR CALIXTO.—¡Hombre, eso no se desprecia! Venirse pa el taller. *(Coloca los cajones y la silla para que se sienten.)*

PERICO.—*(Saca una navaja y corta el melón, dan-*

do una raja a cada uno. Se han sentado todos y comen.) ¿Gustas, Rita? *(Ofreciéndole una raja.)*

RITA.—Gracias, me hace hipo.

SEÑOR CALIXTO.—Por eso no lo dejes; yo subo luego y te doy un susto *(Se ríen todos.)* pa que se te pase.

RITA.—No me asustan a mí las visiones.

SEÑOR CALIXTO.—¡Adiós, camafea! Dame una raja, Perico. *(Perico se la da. Vase Rita refunfuñando, coge la artesa y sale a la calle.)*

PERICO.—¡Vaya unas caderitas que tié la moza esta!

CÁNDIDO.—Dibujás a pluma.

SEÑOR CALIXTO.—De primera. Oye, fijarse ahora, que está de prefil. *(En este momento Rita está agachada volcando la artesa en la calle para vaciarla de agua.)*

JULIÁN.—Señores...; pero cuidao que es bello el sexo mujeril.

CÁNDIDO.—¿Quién? ¡La mujer es un ojeto de bisutería, hombre! *(Entra Rita, arrima la artesa a la pared, recoge el lebrillo y vase por la escalera.)*

SEÑOR CALIXTO.—Más... ¡La mujer es un ojeto benéfico, créeme a mí!

PERICO.—Yo las tengo clasificás en tres ramas: rubias, morenas y castañas.

CÁNDIDO.—A mí déme usté rubias...

JULIÁN.—Y a mí, morenas.

PERICO.—*(Al Señor Calixto.)* ¿Y qué hacemos nosotros con las castañas?

SEÑOR CALIXTO.—Pon un puesto...

ESCENA III

DICHOS y el SEÑOR ROMÁN, que viene de la escalera de la derecha.

SEÑOR ROMÁN.—Buenos días, señores.

PERICO.—Adiós, músico.

JULIÁN.—Hola, señor Román.

CÁNDIDO.—¿Quié usté una rajita?

SEÑOR ROMÁN.—Tantas gracias, señores, no lo uso.

SEÑOR CALIXTO.—*(Aparte.)* ¿Qué querrá el bicho este?

SEÑOR ROMÁN.—*(Acercándose a Calixto y casi al oído.)* ¿Me hace usté el osequio de oírme cuatro palabras, señor Calixto?

SEÑOR CALIXTO.—Sí, hombre. Con permiso. *(Se levanta.)* Usté dirá. *(Se separan de los demás. El Señor Román figura que empieza a hablar en voz baja para que no le oigan los del grupo. Habla con mucha animación y accionando exageradamente. El Señor Calixto le oye con calma, primero, y dando luego muestras de impaciencia. Los monosílabos y palabras sueltas que siguen deben expresar el efecto que hace la conversación al Señor Calixto. Oyendo al Señor Román, que le habla bajito.)* Sí..., sí..., sí..., sí..., bueno..., sí..., ¿cuándo?..., ¿yo?..., ¡diga usté que piscis!... ¿De qué?... ¡Quiá, hombre!... ¿De dónde?... ¿No, señor?...

SEÑOR ROMÁN.—*(Extrema su accionar y acaba diciendo.)* ¡Total, dos pesetas!

SEÑOR CALIXTO.—*(Furioso.)* ¡Lo que es usté es un morral!

SEÑOR ROMÁN.—¡Pero, señor Calixto, por Dios!

SEÑOR CALIXTO.—¿Pero usté por quién me ha tomao a mí?... ¡So granuja! ¡Que le voy a usté a dar así! *(Zarandeándole y dándole un cogotazo.)*

PERICO.—Pero ¿qué pasa?

CÁNDIDO.—¿Qué ha sido?

JULIÁN.—¿Qué es eso? *(Se levantan y los separan.)*

SEÑOR ROMÁN.—¡Oiga usté. que a mí no me falta usté!

SEÑOR CALIXTO.—¡Vaya usté de ahí, so cachivache! Y mientras yo sea vecino del patio... aquí no cometen ustés esa infamia. *(Queriendo pegarle al Señor Román.)*

SEÑOR ROMÁN.—¡Pero qué infamia ni qué narices! Si de lo que se trata...

SEÑOR CALIXTO.—¡Lárguese usté u le doy a usté

una patá que tié usté que estar mes y medio sentándose al sesgo, so guarro!

SEÑOR ROMÁN.—¡Tío virutas!

SEÑOR CALIXTO.—¡Soltarme, hombre! ¡Maldita siá!...

SEÑOR ROMÁN.—¡Más que viruta! *(Vase por el foro, indignado.)*

CÁNDIDO.—Pero ¿qué ha sido?

SEÑOR CALIXTO.—Que me ha pedío dos pesetas. ¡Miá que es dañino el tío ese!...

JULIÁN.—Hombre, eso no es motivo...

SEÑOR CALIXTO.—¿Que no es motivo? Es que tú no sabes pa qué me las ha pedío..., que ca vez que me acuerdo, me se sube la sangre a la cabeza, hombre... ¡So morral! *(Intenta irse a buscarle y le detienen.)*

PERICO.—Pero, hombre, cálmese usté.

CÁNDIDO.—Y no tome usté las cosas con ese fuego fatuo, señor, que lo pierde la salú.

JULIÁN.—Pero, en total, ¿qué ha sido?

SEÑOR CALIXTO.—Pus na: que han organizao pa esta noche una juerga en el patio varios amigos, con el móvil de obsequiar a la señá Asunción, por ser mañana sus días. Vista así la cosa, no pué ser más baladís..., pero en el fondo *(Dando a sus frases mucho interés.)* en el fondo hay maquiná una infamia contra personas de este vecindario, desgraciás e indefensas, que yo aprecio, porque se lo merecen.

PERICO.—Bueno, pero explíquese usté más claro.

JULIÁN.—¿Qué infamia es ésa? *(Le rodean, prestando atención.)*

SEÑOR CALIXTO.—Pus la siguiente: Ya sabéis que la Amparo, la hija u vástaga, como sus guste más, de la señá Hilaria, la que vive en el tercero, tenía relaciones desde chica con Manolo, el hijo de la señá Antonia, la tabernera de las Vistillas, y que se querían a cegar. Se enteró hace poco la señá Antonia de los amoríos, y puso el veto, obligando a Manolo o plantar a la Amparo, dejándola, con los papeles listos, media sillería de reps y el juego de novia empezao...

PERICO.—¡Es un chasco!

SEÑOR CALIXTO.—La Amparo, natural, le ocurrió la inmediata de las mujeres de cierta vergüenza: dobló el morro u comisura, como sus guste más, y vino el roe roe, y ahí las tenéis: a la chica, mustia, enferma, secándose de pena, mismamente que un rosal sin agua..., y a la madre, traspasá de dolor de ver consumirse a esa hija que se le muere. Pus encima de esto, la señá Antonia es tan pécora, que le ha buscao a Manolo otra novia en esta misma casa, la Julia, una especie de espárrago soliviantao, la hija de la señá Asunción, la de los días... Y la juerga que preparan en este patio pa luego no tiene otro ojeto que acabar de asesinar a esas infelices, buscando el que la Amparo, al sentir el jaleo, se asome y vea a Manolo marcándose de acá *(Imita el baile.)* con el infrascrito espárrago. Ahora decirme vosotros si pué contribuir a semejante gorrinada un sujeto que posea en el lao izquierdo una cosa que le lata.

PERICO.—¡Está usté en lo firme!...

CÁNDIDO.—Hombre, la acción es fea..., es una acción de pocilga, como quien dice; ¿pero usté cómo va a evitar que en el patio, que es un sitio común...?

SEÑOR CALIXTO.—Eso lo será el de tu casa, que aquí habito yo, y aquí no baila con arreglo al código de inquilinato, ¡ni doña Teresícore!

JULIÁN.—¿Y qué va usté a hacer?

SEÑOR CALIXTO.—No sé, pero yo les escacharro la «suaré», eso no te queda duda.

ADELA.—*(Dentro, pregonando.)* Peines, lendreras, batidores; marcos para retratos, alfileres, horquillas invisibles y de las otras...

SEÑOR CALIXTO.—¡Contra, mi mujer! Oye, aliviar..., que va a creerse que llevo un rato sin trabajar, porque ésa es mu mal pensá...

PERICO.—Pus hasta luego. *(Vanse por la escalera de la derecha.)*

SEÑOR CALIXTO.—Tú *(A Julián.)* echa las tripas ahí fuera..., tú *(A Cándido.)* llévate las cáscaras...

JULIÁN.—¡Con Dios! *(Vase foro.)*

CÁNDIDO.—Diquiá luego. *(Vase por la escalera izquierda. El Señor Calixto sigue cepillando con ahinco.)*

ESCENA IV

SEÑOR CALIXTO y ADELA.

ADELA.—*(Desde la puerta y llevando colgado al cuello un cajón lleno de los objetos que pregona.)* ¿Se puede?... *(Con sorna.)*

SEÑOR CALIXTO.—¡Adelante, Bazar Equis!...

ADELA.—Digo que si se puede..., si se puede tener la poca vergüenza que tú tienes y no engordar...

SEÑOR CALIXTO.—Puede que se pueda. ¿Pero a qué viene esa «intrepelación»?

ADELA.—Calixto, eres más fresco que las cuatro de la mañana...

SEÑOR CALIXTO.—Mira, me ha gustao; es una gracia de remontuar.

ADELA.—¡Bórcego! *(Dándole un cogotazo.)*

SEÑOR CALIXTO.—¡Adela, estáte quieta, que me has dado en el fémur, y si me enfado, con tu propio establecimiento te abro una sucursal en la cabeza. ¡Caray, que es mucho moler ya!... *(Sigue cepillando.)*

ADELA.—*(Indignada.)* ¡Tres días pa hacer una palomilla y pasarse las horas de palique con esos golfos! Y de seguro..., ¡como si sus hubiese oído, que estarías hablando mal de la señá Antonia y defendiendo!...

SEÑOR CALIXTO.—Defendiendo la razón y lo que es debido..., ¿ves? Eso no te lo niego...

ADELA.—¿Y quién te manda a ti meterte en lo que no te importa?

SEÑOR CALIXTO.—Don Me da la Gana, que es uno que vive ahí en la casa de la esquina. No sé si le conocerás...

ADELA.—Cállate u te doy con un listón..., ¿y

luego dices que no te pegue? ¡So boceras!... Si pareces un sobre, que si no te pegan se entera too el mundo de lo que llevas dentro... ¿Qué consigues con hablar mal de la señá Antonia? Que yo pierda una parroquiana...

SEÑOR CALIXTO.—¡Ah! Y porque sea parroquiana tuya la sujeta esa voy a tocarle yo las palmas pa que le patee el corazón a la pobre Amparo!... ¡Chufas!... A esa costa mañana realizas, te das de baja en el comercio, y si no podemos comer patatas, me haces una ensalá de virutas; porque Calixto Maderuelo, aquí no tendrá na *(Señalando el bolsillo del chaleco.)* ¡Pero aquí, sí! *(Golpeándose el corazón.)*

ADELA.—¡Si tú te vas a perder por la bondad!...

SEÑOR CALIXTO.—Me encuentras en la taberna de ahí enfrente, no tengas cuidao, que no me pierdo.

ADELA.—Miá, calla, que ahí viene la señá Hilaria con la pobre Amparo.

SEÑOR CALIXTO.—¡Lástima de creatura! *(Sigue trabajando.)*

ESCENA V

DICHOS, SEÑÁ HILARIA y AMPARO. Las dos últimas vienen por el foro; la muchacha viene apoyada en el brazo de su madre.

SEÑÁ HILARIA.—*(Desde la puerta y animando a Amparo.)* Anda, hija, que ya estamos.

AMPARO.—¡Si es que ca día me canso más!

SEÑÁ HILARIA.—Buenas tardes. *(Entrando.)*

ADELA.—¡Hola! Qué, ¿cómo estás, chiquilla?

AMPARO.—Estoy mejor, señá Adela, muchas gracias.

SEÑOR CALIXTO.—¡Si tiés una cara que paece una rosa!

SEÑÁ HILARIA.—*(A Adela.)* ¿Quié usté hacerme el favor de una silla pa que descanse antes de subir?

ADELA.—*(Entra y saca una silla.)* Con mucho gusto.

SEÑOR CALIXTO.—Te advierto que tú tóo lo que tienes es mimo.

SEÑÁ HILARIA.—Eso que usté ha dicho, señor Calixto.

ADELA.—Anda, siéntate. *(Ofreciéndole la silla.)*

AMPARO.—*(Sentándose.)* Si ya sé yo que no tengo na, un poco de desgano y aprensiones de mi madre.

SEÑÁ HILARIA.—¿Aprensiones mías? Di que subes a casa, tuerces la cabeza y no desplegas los labios en tóo el santo día... ¡A ver quién no se apura!

ADELA.—Diga usté; ¿y por qué no la da usté un remedio que es cosa santa?

SEÑÁ HILARIA.—¿Cuálo?

ADELA.—Pus coja usté un vaso de aguardiente, lo pone usté al sereno con ocho u diez cominos y que beba...

SEÑOR CALIXTO.—¿Cominos?... Tú has confundío a la chica con un guisao de patatas.

ADELA.—Pus he oído decir que es probao.

SEÑOR CALIXTO.—El aguardiente, sí

SEÑÁ HILARIA.—Yo es que no quiero darle más potingues.

ADELA.—Bueno, ¿y te tomarías una tacita e caldo?

AMPARO.—Ahora no tengo gana.

SEÑÁ HILARIA.—Ahora no, pero no se lo despreciamos a usté, porque usté hace muy buen caldo.

SEÑOR CALIXTO.—Ya lo creo, ya conoce usté el refrán: «Gallina vieja...»

AMPARO.—*(Sonriendo.)* ¡Qué señor Calixto!

SEÑÁ HILARIA.—¡Gracias a Dios que la ha hecho usté sonreír!

ADELA.—Pus se lo voy a preparar en un pucherito. *(Entra en su casa.)*

ESCENA VI

DICHOS, menos ADELA.

SEÑOR CALIXTO.—*(Aparte, a la Señá Hilaria.)* No se vaya usté, que tenemos que hablar.

SEÑÁ HILARIA.—Bueno.

SEÑOR CALIXTO.—*(En voz alta.)* A ésta le advierto a usté que le quitaba yo la murria; porque esta juventuz de ahora parece de azúcar cande. En mi tiempo era otra cosa; había una saluz que el protomedicato de San Carlos se pasaba el día haciendo solitarios. Y si no aquí me tiés a mí, cincuenta y seis años y no he tenío más que dos enfermedades, y las dos por contagio; de chico el sarampión, que me lo pegó un amigo; y de hombre dos palos que me los pegó el mismo amigo. ¡Misté que es casualidaz!, ¿eh?

AMPARO.—¡No me haga usté de reír, hombre!

SEÑÁ HILARIA.—¡Qué buen humor tié usté!

AMPARO.—Vamos arriba, madre, que quió echarme un poco.

SEÑÁ HILARIA.—Pus anda, toma la llave *(Le da la llave.)* y sube, que yo aguardo a que la señá Adela me dé el caldo.

AMPARO.—Bueno, no tarde usté; con Dios, señor Calixto.

SEÑOR CALIXTO.—Y ya lo sabes, nena, ánimo, y como vea yo que te se hacen telarañas en el buen humor, subo con los zorros.

AMPARO.—*(Subiendo.)* No, señor, no. *(Vase escalera derecha.)* No será pa tanto...

SEÑÁ HILARIA.—¡Pobre hija!

ESCENA VII

DICHOS, menos AMPARO.

SEÑOR CALIXTO.—Bueno, ¿y qué ha dicho el médico?

SEÑÁ HILARIA.—Lo de siempre, que no adelantamos na; que a esa creatura se le ha metío la tristeza en el cuerpo como un cordón que la está minando la vida.

SEÑOR CALIXTO.—Pero tan adelantá como está ahora la ortopedia, ¿no se encuentra una medicina?

SEÑÁ HILARIA.—¿Medicina? ¡Que le devuelvan el cariño que era su alegría y la verá usté otra vez fresca y sana como una rosa; y si eso pudiera hacerlo yo a costa e mi sangre!... ¡Pero qué voy a hacer!... ¡Pobre de mí! ¡Si ya me van faltando las fuerzas de verla sufrir, señor Calixto!...

SEÑOR CALIXTO.—¡Mujer, tenga usté ánimos!

SEÑÁ HILARIA.—Nunca me han faltao. Usté lo sabe; a los tres meses de nacer mi Amparo, su padre nos dejó abandonás... ¡Pus no me asustó verme sola! Me quedaban dos brazos: éste para sostener a mi hija, y éste pa ganarla el pan!... Pus adelante, dije yo, mío es el mundo; y mientras la he visto con salú, por ella lo he hecho too; he trabajao como una negra, en invierno asistiendo aquí y allá pa ganarme una peseta, y en verano, en verano... no se diga, al río a lavar sacas de ropa así de altas, cayéndome a chorros el sudor, con un sol que abrasa y derrite los sesos; pero too, too lo pasaba contenta porque llegaba la hora de descansar y me echaba en la cama, y besaba a mi hija, y decía mirándola dormir: a tu madre la duelen los huesos; pero tú, ¡tú tiés pan pa mañana!...

SEÑOR CALIXTO.—¡Señá Hilaria! *(Enterneciéndose.)* No me... *(Se limpia las lágrimas con el dedo pulgar.)* ¡Caray!... ¡Vamos, que le digo a us-

té, que es usté una madre dizna de que la pongan en un «paspartú»!... ¡Vaya!... Y digo yo, ¿a qué habrá venío esa oposición de la señá Antonia a que los chicos se quieran?

SEÑÁ HILARIA.—A la diferencia de clases, si ya me lo dijo a mí. ¡Ella, con establecimiento abierto, mil pesetas guardás, y más orgullo que don Rodrigo en la horca, ver casao a su hijo, una especie de Rey Milano, con la hija de una asistenta... ¡primero la hacen tiras!...

SEÑOR CALIXTO.—¿Y por qué no habla usté a Manolo?

SEÑÁ HILARIA.—Porque no es él; él es un desgraciao sin voluntá, que dos veces que me ha visto con intención de hablarle me huye; la señá Antonia y el señor Sidonio, su... su...

SEÑOR CALIXTO.—Su aglomerao...

SEÑÁ HILARIA.—Esos son los causantes.

SEÑOR CALIXTO.—Pus yo siento darle a usté otro disgusto pero...

SEÑÁ HILARIA.—¡Otro disgusto!... ¿Pues qué pasa?

SEÑOR CALIXTO.—Pues que no sé si usté sabrá que Manolo ya tiene otra novia.

SEÑÁ HILARIA.—¡Manolo! *(Con asombro.)*

SEÑOR CALIXTO.—¡Y en esta misma casa!

SEÑÁ HILARIA.—¡Rediez! ¿Qué dice usté? ¿Y quién es?

SEÑOR CALIXTO.—La Julia.

SEÑÁ HILARIA.—¿La hija de la señá Asunción la ternerera?

SEÑOR CALIXTO.—La propia.

SEÑÁ HILARIA.—¡Santo Dios! ¿Pero llega la maldad a ese extremo? *(Con indignación.)*

SEÑOR CALIXTO.—Y cuatro varas más allá... porque he averiguao que esta noche van a venir al patio de guitarreo y jarana pa hacerlo público y que ustés se enteren y darle a la Amparo...

SEÑÁ HILARIA.—¡Sí, y darle a la Amparo una puñalá en el corazón!... ¡Pues diga usté que no!... ¡Eso no!... ¡Que no me la matan! ¡Diga usté que lo ha dicho su madre!

SEÑOR CALIXTO.—Eso pienso yo, pero...

SEÑÁ HILARIA.—¡Asesinos! ¡No, eso no, mientras yo respire!... *(Exaltadísima.)*

SEÑOR CALIXTO.—Bueno, hay que reflexionar que usté no tié derecho...

SEÑÁ HILARIA.—¡Las madres cuando no tien derecho tien uñas! ¡Aquí no vienen! ¡Diga usté que no! *(Vase escalera derecha.)*

ESCENA VIII

SEÑOR CALIXTO y ADELA, saliendo de su casa, con un pucherito en la mano.

ADELA.—Aquí está el caldo.

SEÑOR CALIXTO.—Guárdalo pa mejor ocasión.

ADELA.—Pero...

SEÑOR CALIXTO.—Arrea pa dentro y te explicaré...

ESCENA IX

SEÑÁ ANTONIA, SIDONIO, MANOLO y SEÑOR ROMÁN.

SIDONIO.—*(A Román.)* Bueno, pus too eso que ha dicho el señor Calixto súmelo usté a nada y cero, cero; con que a otra cosa, Manolo. *(A Manolo.)* estamos como quien dice sobre el terreno vulgar, conoces la voluntá de tu madre y la mía unísonas respetive de la Julia y espero que vayan las cosas por su cauce anómalo, confiando en que no te repuches a última hora y pringues el asunto...

SEÑÁ ANTONIA.—Pero si el chico está conforme, ¿a qué viene eso ahora?

SIDONIO.—Antonia, yo estoy haciendo de su segundo u tercer padre y hago las intromisiones del caso...

MANOLO.—Bueno, pues misté; yo, me han mandao ustés que viniera, y como una oveja aquí estoy... Pero, lo que he dicho siempre, eso no ostapa que siga creyendo que no está bien el que se hagan alardes pa molestar a personas que ya no le van ni le vienen a uno, pero que dengún mal han hecho...

SEÑÁ ANTONIA.—No han hecho dengún mal porque no las han dejao. ¡Mía qué tonto! ¡Pero ya han querío hacerlo, ya!...

MANOLO.—Está usté en un error, madre.

SEÑÁ ANTONIA.—¡Infeliz! ¿Por qué crees tú que te engatusaron la señá Hilaria con su labia y su paripé, y la escuchimizá de la hija con sus melindres? Pus pa tumbarse a la bartola y comerse sosegadamente los cuatro cuartos que a tu madre le han costao muchos sudores... ¡Pero quiá, se las ha visto el juego!... Anda y que frieguen ladrillos si quién comer, que no te llevo yo con cadena d'oro y botas de charol pa que te suelte el estropajo denguna golfa; y respetive a la hija, déjala, que no se muere... como no sea de mema... Tú, hoy aquí, bailando y cantando con la Julia, que lo vea tóo el mundo, y que tóo el mundo lo sepa, y el que rabie que muera... Pero que no te vean amilanao y se rían de ti...; eso es lo que quiero...

SEÑOR ROMÁN.—Te iban a coger de primo...

SIDONIO.—Sino que éste no tié asas...

SEÑOR ROMÁN.—Usté ha dao...

SIDONIO.—¿En el clavo?

SEÑOR ROMÁN.—Me parece.

SEÑÁ ANTONIA.—Pus claro.

SIDONIO.—Conque alégrate y vamos pa en cá la señá Asunción, que la Julia ya estará con boqueras de ver que te retrasas; y además, que esos jóvenes que he mandao no tardarán en venir con el organillo, la sandía y los demás adminículos pa la cuchipanda.

SEÑÁ ANTONIA.—Vamos... *(Suben escalera izquierda Sidonio y Señá Antonia.)*

SEÑOR ROMÁN.—*(A Manolo, que queda pensativo.)* ¡Pero, hombre, no estés así!... A ti, ¿qué?

MANOLO.—¡No está bien esto, señor Román, no está bien esto!

SEÑOR ROMÁN.—¡Escrupuloso! *(Vase.)*

ESCENA X

MANOLO; luego, JULIA, desde la ventana; después, SEÑOR CALIXTO.

MANOLO.—Después de too, pué que tengan razón... ¡Escrúpulos míos!... Porque en total, ¿qué?... que la he dejao... ¿y qué?... na... porque yo no tenía compromiso, es decir, tenía compromiso, pero ese compromiso que no compromete... y lo que no pué ser se deja... No voy yo ahora a romper con mi madre y a perder mi bienestar y tenerme que agarrar al trabajo, pudiendo vivir holgadamente... Ahora que venir aquí... yo no sé por qué me da lacha. Si me la encontrase...

JULIA.—*(Desde la ventana.)* ¿Pero qué haces ahí que no subes?

MANOLO.—Hola, ¿eres tú?

JULIA.—¿Estás esperando a alguien?

MANOLO.—A ti...

JULIA.—Pues cualquiera lo diría...

SEÑOR CALIXTO.—*(Saliendo.)* ¡Ellos!... Y hablando; les doy la lata. *(Coge clavos y martillo y empieza a clavetear un cajón, dando unos golpes terribles.)*

JULIA.—Y esos que han ido por el organillo, ¿tardarán mucho?

MANOLO.—*(Que no oye por los golpes.)* ¿Qué?

JULIA.—Que si esos que han ido... *(Esforzando la voz.)*

MANOLO.—Con estos golpes no oigo. *(Arrecian los golpes.)*

JULIA.—¡Pero qué barbaridaz, hombre!

MANOLO.—Oiga usté, amigo *(El Señor Calixto deja de clavar.)* ¿eso que clava usté, son clavos?

SEÑOR CALIXTO.—Son puntas de París. *(Sigue clavando.)*

MANOLO.—Y... *(Vuelve a dejar de clavar.)* ¿no podría usté aminorar los golpes?

SEÑOR CALIXTO.—Si no me pone usté doce mil duros en el Banco, no señor.

JULIA.—¿Y por qué no se dedica usté a estas horas a limpiar la cocina?

SEÑOR CALIXTO.—Porque no soy como otras cochinas, y ya lo tengo too fregao.

JULIA.—¿Es con segunda?

SEÑOR CALIXTO.—Con estropajo. *(Sigue clavando.)*

MANOLO.—Oiga usté...

JULIA.—Déjalo... *(Se retira de la ventana.)*

SEÑOR CALIXTO.—A mí, ¡chas, *(Para.)* carrasclás! *(Sigue golpeando.)*.

MANOLO.—¡Vaya usté! *(Despreciativamente sube la escalera izquierda.)*

SEÑOR CALIXTO.—*(Al verle desaparecer y aminorando los golpes paulatinamente.)* ¡Se continuará! *(Mutis.)*

ESCENA XI

SEÑOR ROMÁN y Coro general.

Música

SEÑOR ROMÁN.—*(Saliendo escalera derecha con un saxófono debajo del brazo.)*

¡Vecinas! ¡Vecinos!
¡Vecinos! ¡Vecinas!

(Coro, saliendo por distintos sitios.)

ELLOS.

¿Qué pasa?

ELLAS.

¿Quién grita?

TODOS.

¿Por qué nos llama usté,
señor Román?

SEÑOR ROMÁN.

Los que quieran oírme,
lo sabrán.
Pa dentro de un rato
preparado está
un baile finolis
de buena sociedad.

CORO.

¡Olé ya!

SEÑOR ROMÁN.

Y como he organizado
yo esta «suaré»,
quiero que resulte
de las de pe y pe.

CORO.

¡De chipén!

SEÑOR ROMÁN.

Y es preciso
que animen la fiesta
todos los vecinos
de gracia y humor.

CORO.

Sí, señor.

SEÑOR ROMÁN.

Y pa el caso
he compuesto yo un chotis
que resulte super
en el saxofón.

CORO.

Aquí ya sabe usté
que se baila el chotis y el minué.

SEÑOR ROMÁN.

Pues oiga todo el mundo
muy atento
lo claro y bien que suena
el instrumento.
(Tocando el saxófono.)

CORO.

Es el chotis,
si es delicao,
para bailar
pintiparao,
que las parejas puen hacer
mil feligranas a placer.
(Román toca.)

CORO.

Me gusta más un baile así
que el cotillón de la «Higalí»,
y alguna vez,
si es muy marcao,
se corre el riesgo
de caerse mareao

SEÑOR ROMÁN.

¿Qué sus parece como toco?

CORO.

Que al escucharle me disloco.
Para bailar
este baile es menester
no oprimir ni atosigar
a la mujer,
y al ir a hacer
cualesquiera movición,
no se debe de perder
la educación,
que es de cajón

que se pueden hermanar
el coger un sofocón
y no faltar,
y de este modo
se arregla todo
sin infringir las reglas
de la urbanidad.

CORO.

¡Es la verdad!

SEÑOR ROMÁN.

Así bien va.
Siga el contoneo.

ELLOS.

Muévete.

ELLAS.

Déjame.

SEÑOR ROMÁN.

Lo han acabao.
una miaja exagerao.

CORO.

Es el chotis
un baile suave y delicao,
que sin llegar
a ser del todo exagerao,
pierdes con él
la educación
y eres más fresco
que las ostras de Arcachón.

SEÑOR ROMÁN.

Con el vaivén
de esta movilidad,
es fácil de coger
alguna enfermedad.

TODOS.

¡Olé ya!

ESCENA XII

DICHOS, COSME y CHIRIMBOLO, con varios amigos, traen una gran sandía, cestas, botas de vino y un organillo; vienen moviendo gran algazara. Luego, ANTONIA, SIDONIO, MANOLO, JULIA y SEÑÁ ASCENSIÓN; después, SEÑÁ HILARIA, y a poco, SEÑOR CALIXTO y ADELA.

Hablado.

COSME.—Aquí está el grueso del ejército.

TODOS.—Adelante, adelante...

SEÑOR ROMÁN.—Pasar, pollos... ¡Vaya una sandía!

COSME.—¡Dos arrobas! Tú, Chirimbolo, arrima ahí el organillo, y los víveres ponerlos en este rincón... ¿Y el señor Sidonio y Manolo? *(A Román.)*

SEÑOR ROMÁN.—Por ahí están toos aguardando.

COSME.—¡Señá Asunción! ¡Julia! *(Llamando.)* Que ya estamos toos.

CHIRIMBOLO.—Que ha llegao el misto de las siete... *(Bajan Asunción, Julia, Señá Antonia, Rita, Manolo y Señor Sidonio.)*

SIDONIO.—¡Adiós, caballeros! *(Bajan escalera izquierda.)*

COSME.—¡Olé las personas!

SEÑÁ ANTONIA.—*(A Asunción.)* Oye, tú, Asunción, si te parece, que bajen mesas de tu casa.

SEÑÁ ASUNCIÓN.—Que bajen lo que quieran.

JULIA.—*(A Manolo.)* ¿Pero no estás contento?

MANOLO.—Sí, mujer. ¡Qué manía!

JULIA.—Y me has prometío cantar esta noche.

MANOLO.—Mira, de eso no te respondo.

SEÑÁ ANTONIA.—*(Acercándose y oyendo las últimas palabras.)* Este hará lo que queramos; luego verás cómo canta...

SIDONIO.—Señores, agarrarse, que va el primer chotis maniveleao por mí.

TODOS.—*(Palmoteando.)* ¡Muy bien! ¡Bravo! ¡Bravo!

COSME.—Venga de ahí. *(Se agarran las parejas, preparándose para bailar, y apenas da unos cuantos compases el organillo, aparece en el último peldaño de la escalera derecha la Señá Hilaria. Expectación. Se detienen todos.)*

SEÑÁ HILARIA.—¿Me hacen ustés el favor un momento?...

SEÑOR ROMÁN.—¡Arrea! *(Con asombro.)*

MANOLO.—¡La señá Hilaria! *(Con disgusto.)*

SIDONIO.—Esta nos pringa la «suaré».

SEÑÁ ANTONIA.—La esperaba. Dejarme a mí. *(Adelanta primer término, formando todos grupo detrás de ella.)* ¿Qué se la ofrecía a usté, si no es curiosidad? *(Con ironía.)*

SEÑÁ HILARIA.—*(Con humildad.)* Que hagan ustés el favor de no armar bailes ni jaleos en el patio, porque hay enfermos en la casa.

SEÑÁ ANTONIA.—Usté a lo que ha bajao es a tener el gusto de oírnos decir que no nos da la gana. ¡A mí no me lo quita usté de la cabeza!

SEÑÁ HILARIA.—*(Exaltándose y con ira.)* Yo, a lo que he bajao es a decirles a ustés que salgan por esa puerta y vayan benditos de Dios con su alegría donde esa alegría no asesine a nadie. ¡A eso he bajao!

SIDONIO.—Y usté, pa mandar eso, ¿con qué títulos cuenta?

SEÑÁ HILARIA.—Pa mandar eso no cuento con títulos, cuento con la razón y con los puños, con eso cuento. *(Amenazadora.)*

SEÑOR CALIXTO.—*(Colocándose a su lado.)* ¡Y con mi amistaz!

ADELA.—*(Deteniéndole.)* No te metas tú...

SEÑOR CALIXTO.—Déjame, que ya no tengo edaz pa andar con pollera.

SEÑÁ ANTONIA.—¿Y eso es una amenaza? *(Riéndose.)*

SEÑÁ HILARIA.—Lo que ustés quieran. *(Con ira.)*

SIDONIO.—Usté es una mentecata, señora.

SEÑÁ HILARIA.—Y usté un vago indecente.

SEÑÁ ANTONIA.—Y usté un pingo redomao. *(Intenta acometer a la Señá Hilaria.)*

MANOLO.—¡Madre! *(Deteniéndola.)*

SEÑÁ HILARIA.—*(Fuera de sí.)* ¡Rediez!.... ¡La saco los ojos! *(Va a acometer a la Señá Antonia y Calixto y Adela la detienen.)*

SEÑÁ ANTONIA.—¡Embustera!... ¡Soltarme! ¡La deshago!

SEÑOR CALIXTO.—*(Sujetando a la Señá Hilaria.)* ¡Por Dios!

SEÑÁ HILARIA.—¡Suélteme usté!... *(Forcejeando.)*

TODOS.—¡Fuera! ¡Echarla! ¡Echarla!...

SEÑÁ HILARIA.—¡Déjeme usté que la esgarre!

SEÑOR CALIXTO.—Pero ¿qué va usté a poder contra toos?... ¡Paciencia y morirse!...

TODOS.—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Echarla!...

SEÑÁ HILARIA.—*(Llorando.)* ¡Asesinos! *(Le hacen subir escalera derecha, casi a la fuerza, entre el Señor Calixto y Adela.)*

SIDONIO.—*(Dirigiéndose a todos.)* Aquí no ha pasao na, señores. Venga el chotis. ¡A bailar too el mundo! *(Suena el organillo, se agarran las parejas y empieza el baile.)*

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Interior de una habitación modestísima; la puerta que se supone da a la escalera es practicable y está colocada en el centro del telón de foro. En la lateral izquierda, una ventana practicable que figura dar al patio. En la lateral derecha, una puerta que comunica con habitaciones interiores. En el centro de la habitación, una camilla y varias sillas.

ESCENA UNICA

SEÑÁ HILARIA, ADELA y SEÑOR CALIXTO, que entran por la puerta del foro; los dos últimos traen apoyada en ellos a la SEÑÁ HILARIA, que entra llorando.

SEÑOR CALIXTO.—¡Vamos, por Dios, tenga usté una miaja de cárculo.

SEÑÁ HILARIA.—No pueo más, no pueo más, señor Calixto. *(Se sienta en una silla, desolada.)*

ADELA.—Vaya, cálmese usté, que si la Amparo sale y la ve a usté así...

SEÑÁ HILARIA.—¿Pero cree usté que se puen sufrir sin reventar de pena y de coraje estas infamias que me están haciendo?

SEÑOR CALIXTO.—Señora, ya sé yo que lo que le pasa a usté no es pa tocar la pandereta con las rodillas ni muchísimo menos. Pero hay que reflexionar.

SEÑÁ HILARIA.—¡No, no señor, se ha acabao la reflexión y la prudencia y too... ¿Quien guerra?, ¡pus guerra! ¡Yo también la haré a mi manera! ¡Y mañana, a la fuerza u no, cojo a Manolo y le hablo, y u deshago ese noviajo u le doy un escándalo ca día, ¡por estas cruces!

SEÑOR CALIXTO.—Aguarde usté. Otro plan. Usté háblele a Manolo, pero antes de dar el último

paso, déjeme usté a mí que celebre una intervieve tete a tete con el señor Sidonio, a ver lo que sacamos en limpio...

SEÑÁ HILARIA.—Ay, ¡cómo le pagaría yo a usté!...

ADELA.—Oye, tú, ¡miá que ese tío creo que es muy bruto!

SEÑOR CALIXTO.—Sí, pero no creas tú que el que va a hablarle es el Chico de la Blusa ni mucho menos..., que a mí ya sabes que el único coco que me da miedo es el de las yemas, y eso porque me hace flato ardiente...

ADELA.—Bueno, bueno... Ahora aquí lo que corre prisa es ver lo que hacemos para que la Amparo no se entere de lo que pasa abajo...

SEÑÁ HILARIA.—Tié usté razón, sí... ¿qué haríamos?

SEÑOR CALIXTO.—Pues la cosa es..., yo lo que haría...

ADELA.—¡Chis! ¡Cállate, la Amparo sale!...

AMPARO.—*(Saliendo.)* ¡Madre!

SEÑÁ HILARIA.—¡Hija mía!...

AMPARO.—¡Hola, están ustés aquí!

SEÑOR CALIXTO.—Pa haceros compañía un ratito y jugar una brisca si se tercia...

SEÑÁ HILARIA.—¿Y qué hacías ahí dentro?

AMPARO.—Pus me había echao un rato y me he quedao traspuesta, y... ¡Ay, qué alegría me ha dao despertarme... *(Se sientan alrededor de la camilla, y frente a donde está sentada su madre. Siéntase a su vez frente al público Adela, y el Señor Calixto se apoya de codos en la camilla sin sentarse.)*

SEÑÁ HILARIA.—¿Y eso, hija?

AMPARO.—¡Porque he tenío un sueño más malo!...

SEÑOR CALIXTO.—¿Qué has soñao?

AMPARO.—¡Qué sé yo..., muchas tontèrías! *(Con amarga sonrisa.)* Que yo estaba muy mala y me había quedao muy seca y muy fea... como un esqueleto; y toos me huían, me dejaban sola. ¡y me tenían miedo!..., ¡hasta mi madre, que yo

iba detrás pa abrazarla, corría asustada huyendo de mí, y usté también corría! *(A Calixto.)*

SEÑÁ HILARIA.—Hija, ¡qué barbaridaz!

AMPARO.—Y en un camino me encontré a Manolo...

SEÑOR CALIXTO.—Ya sabía yo que pararían ahí las carreras.

AMPARO.—Que iba con una mujer, y en esto..., ¡la angustia!..., ¡la angustia me despertó!...

ADELA.—¡Pobre hija!...

SEÑOR CALIXTO.—Pus mira, un camino y correr... y soñar conmigo..., eso es visita. ¡Mañana tenéis aquí al casero! *(Suenan guitarras como tocadas en el patio de la casa.)*

AMPARO.—¡Ay, guitarras! ¿Dónde es eso?

SEÑÁ HILARIA.—*(Aparte.)* ¡Maldita siá!...

SEÑOR CALIXTO.—Pus parece que...

ADELA.—Debe ser en el patio.

SEÑÁ HILARIA.—*(Aparte, a Calixto.)* Cierre usté la ventana.

SEÑOR CALIXTO.—Cerraremos pa que no nos den la murga. *(Va a cerrar.)*

AMPARO.—No, por Dios, no cierre usté que nos va a ahogar la calor...; además, a mí me gusta... *(Queda atenta.)*

SEÑÁ HILARIA.—¡Dios mío, si se asoma, si los ve, si los oye!, ¿qué hacemos? *(Aparte, a Señor Calixto, que no se ha atrevido a cerrar.)*

SEÑOR CALIXTO.—Dígale usté algo..., la verdá...

SEÑÁ HILARIA.—¡No, eso no!... *(Se oye repicar castañuelas y que las guitarras tocan sevillanas.)*

AMPARO.—¡Misté, sevillanas! ¡Qué gusto estar contentos! ¡Estar buenos y bailar!... ¡Si yo pudiera!

SEÑÁ HILARIA.—Vamos, hija, pus... no quería decírtelo; pero... ¿a que no sabes quién son ésos que tocan y bailan?

AMPARO.—¡Qué sé yo!

SEÑÁ HILARIA.—Pues Manolo y varios amigos.

AMPARO.—*(Sorprendida, se levanta.)* ¡Manolo! ¿Y a qué viene aquí?... ¡Y bailan sevillanas! ¡Deben estar con mujeres!...

SEÑOR CALIXTO.—No, quiá, no hace falta; si hay en el patio que hacen de mujeres que no se conoce de bien... Al que más y al que menos de los que están abajo les pones un antifaz y la condesa X.

AMPARO.—*(Inquieta.)* ¿Y por qué vendrá Manolo? Porque pa que le oiga yo no viene, y pa que le oiga, pa que le oiga otra tampoco; ¿verdá que no, señá Adela? ¿Verdá que pa que le oiga otra?...

ADELA.—No, hija mía...

SEÑÁ HILARIA.—¡Pus claro que no! Si hasta yo creo que too eso es pa tontear, pa que le oigas. *(Sigue oyéndose alboroto y jaleo a los que bailan y cantan.)*

ADELA.—Y quizá pa darte celos; pero tú no hagas caso.

SEÑÁ HILARIA.—Y hasta pué que se lleve la mira... de..., vamos, de algún día..., ¿quién sabe?

AMPARO.—¡Ay! ¡No lo quió pensar, sería mucho bien! *(Se oye cantar a Manolo.)* ¡Canta!

SEÑOR CALIXTO.—¿Cierro?

AMPARO.—¡No! *(Irritada.)* ¡Qué manía! *(Cambiando de expresión.)* Es él, es su voz.

MANOLO.—*(Canta dentro.)*

Parece que te he olvidado.
mas nunca te olvidaré,
(Expresión de alegría infinita en la cara de Amparo.)
que tú serás siempre, Julia,
la reina de mi querer.
(Expresión de angustia y dolor en Amparo.)

AMPARO.—¡Ay! *(Suspiro amargo y extenso. Cae desplomada en brazos de su madre. Abajo sigue la música.)*

SEÑÁ HILARIA.—*(Desolada.)* ¡Hija mía, que me la matan!

ADELA.—*(Exaltada.)* ¡Ladrones!

SEÑÁ HILARIA.—¡Malditos seáis toos!... *(Sientan a Amparo.)* ¡Hija! ¡Hija de mi alma! ¿Qué tienes?... ¡Hija!...

SEÑOR CALIXTO.—*(Que ha entrado por la puerta*

derecha, sale con una tinaja pequeña.) ¡Déjeme usté, señá Hilaria! *(Furioso.)* ¡Déjeme usté!

ADELA.—¿Dónde vas? *(Aterrada.)*

SEÑOR CALIXTO.—¿Ves toa esta agua? *(Deteniéndose.)* Pues con tinaja y too..., ¡pa vosotros! *(Arroja la tinaja al patio. Se oye un gran estrépito, seguido de un vocerío infernal.)* ¡Golfos! ¡Randas! ¡Pirantes!

SEÑÁ HILARIA.—¡Hija, hija mía!... Arrime usté un poco de agua y vino... ¿Qué tienes, hija? ¿Qué es?

ADELA.—¡Está helá!

SEÑOR CALIXTO.—No he matao a ninguno. ¡Qué lástima! Se ha roto en un balcón de abajo.

ADELA.—Tú, ayúdanos a llevarla a la cama. *(Se abre violentamente la puerta y entra Señor Román hecho una sopa, chorreando agua.)*

SEÑOR ROMÁN.—*(Furioso.)* ¿Quién ha sío el que me ha puesto hecho una sopa, quién?

SEÑOR CALIXTO.—Servidor; pero le voy a usté a secar. *(La emprende con él a bofetadas y puntapiés.)*

SEÑOR ROMÁN.—Oiga usté, que daré parte..., que yo... *(Señor Calixto le echa del cuarto a coscorrones.)*

SEÑOR CALIXTO.—¡A la calle, so granuja!

SEÑÁ ANTONIA.—*(Aparece rodeada de un grupo de gente. Todos en actitud furiosa.)* ¿Dónde, dónde están esas golfas *(Intenta entrar.)*, esos pingos?

SEÑOR CALIXTO.—*(Deteniéndolas.)* ¡Atrás!

SEÑÁ HILARIA.—*(Apartándole furiosa.)* Déjelos usté. *(Empuñando una silla.)* ¡El que pase de la puerta, lo deshago! *(Retroceden aterrados. Música. Telón.)*

CUADRO TERCERO

Calle de los barrios bajos de Madrid. A la izquierda, una taberna con puerta practicable.

ESCENA PRIMERA

SEÑÁ ANTONIA, JULIA, SEÑÁ ASUNCIÓN, RITA, varias INVITADAS, SIDONIO, MANOLO, ROMÁN, CHIRIMBOLO, COSME y varios INVITADOS, todos por la derecha. Salen furiosos y limpiándose de agua: los hombres, sombreros y chaquetas, y las mujeres, moños y mantones.

SEÑÁ ANTONIA.—¡Y en cuanto yo agarre en la calle a esas galochas, el moño les arranco de cuajo!

SEÑÁ ASUNCIÓN.—Y yo se lo digo al administraor pa que las eche.

MANOLO.—¿Lo está usté viendo, madre? ¡Qué necesidá teníamos!...

JULIA.—Sí, defiéndelas encima del remojón. ¡Nos han puesto a la altura del bacalo!

SEÑOR ROMÁN.—Yo, en cuanto se organice otra «kremés», vengo con paraguas. ¡Y el organillo le han dejao bueno pa una polca!

SEÑÁ ASUNCIÓN.—¿Y qué ha sío de la sandía?

SEÑOR ROMÁN.—Pues le ha caío encima el... el trasero de la tinaja y la ha escacharrao.

RITA.—¡Vaya, que ha estao güeno!

UNA.—¡Pingos, más que pingos!

OTRA.—¿Habráse visto?

SEÑÁ ANTONIA.—¡Vaya si las esgarro!... ¡Ya veréis!

SIDONIO.—Señores, una palabra: Nos han rociao, pero no le hace, porque ahora sus vais a ir a la taberna que poseemos la señora y yo, sita en el Campillo de las Vistillas, donde seguiréis la juerga y nos salimos a los puestos de melones y sus

invitaré a otra sandía mucho más obesa que la malograda, y se hace punto a este altercao con gotas, y ¡siga la alegría!

TODOS.—Bien, bien.

SIDONIO.—Condúcelos. *(A Señá Antonia.)*

SEÑÁ ANTONIA.—Y a ver qué haces con el señor Calixto.

SIDONIO.—Hasta que no le tiente los hocicos no me meneo de aquí.

SEÑÁ ANTONIA.—¡Duro! Pues vámonos.

TODOS.—Vamos allá. *(Vanse con algazara por la izquierda.)*

SIDONIO.—Tú, quédate. *(A Señor Román.)*

SEÑOR ROMÁN.—Güeno.

SIDONIO.—Arrear, que no tardo. ¡Ah! ¡El bacalao con pimientos que hay a la derecha del escaparate, no comerlo, que es procedente de un traspaso del año pasao! *(Vanse todos.)*

ESCEÑA II

SEÑOR ROMÁN y SIDONIO.

SEÑOR ROMÁN.—Güeno. ¿Y qué piensa usté hacer con el señor Calixto?

SIDONIO.—Román, me choca que le hagas ese interrogatorio a un sujeto que se ha pasao la flor y nata de su edad surtiendo de lesionaos a las casas de socorro por lo más «minio».

SEÑOR ROMÁN.—Doy fe.

SIDONIO.—Pus entonces comprenderás que humedecerle los utensilios de vestir al señor Sidonio Salgueiro, servidor tuyo, mojando de mancomún a todos los que éramos en el patio, es hacer oposiciones a una plaza de chato, y el señor Calixto la ha ganao. Más claro: que dentro de media hora las narices del señor Calixto y una berenjena hacen juego.

SEÑOR ROMÁN.—Es que al caer el agua nos hemos quedao hechos unas sopas.

SIDONIO.—Y que han sido sopas de ajo, porque había que oír a algunos.

SEÑOR ROMÁN.—No era pa menos..., conque arrée le usté...

SIDONIO.—¡Está sentenciao! ¡Hombre, ni llamao por teléfono! Míalo...

SEÑOR ROMÁN.—¿El señor Calixto?

SIDONIO.—El propio diestro; se me viene a la mano. Ocúltate. *(Se ocultan izquierda.)*

ESCENA III

SEÑOR CALIXTO, por la derecha, solo.

SEÑOR CALIXTO.—Bueno, pus la misión que traigo yo es de pares con treinta y una. ¡Na, como quien dice! Ir a la taberna del señor Sidonio y llevarle por encargo de la señá Hilaria el siguiente «ultrimátum»: U enfluye usté con la señá Antonia pa que consienta en que Manolo deje a la Julia y vuelva con la Amparo por buenas, u se arma la guerra campal anglobóer. Bueno, y too esto se lo tengo yo que decir al señor Sidonio después de lo de la tinaja; porque es lo que yo le decía a la señá Hilaria, ¿quién va y le habla ahora al señor Sidonio, con lo húmedo que estará? Aguarde usté al menos a que se sequen... los ánimos. Pero claro, la pobre, con el disgusto de esta noche, no resiste más, y yo, pa evitar que desesperá estalle y no tengan arreglo las cosas, me he prestao a...

ESCENA IV

DICHO y SIDONIO.

SIDONIO.—*(Saliendo de donde se ocultaba.)* Servidor.

SEÑOR CALIXTO.—*(Aparte.)* ¡Contra!, ¡el interesao!

SIDONIO.—Santas y buenas... *(Muy ceremonioso.)*

SEÑOR CALIXTO.—¡Hombre, precisamente le iba a usté a buscar!...

SIDONIO.—Pus tome usté asiento.

SEÑOR CALIXTO.—*(Comprendiendo la guasa.)* Usté primero.

SIDONIO.—*(Aparte.)* ¡Lástima e narices!

SEÑOR CALIXTO.—¿Qué?

SIDONIO.—¿Las tié usté domesticás?...

SEÑOR CALIXTO.—¡No entiendo!... Bueno, pues iba a llevarle a usté el recao de un asunto... *(Aparte.)* ¡Qué mala cara tiene! *(Alto.)* Pero antes... *(Aparte.)* Yo le doy una sastifación de lo del agua. *(Alto.)* Antes óigame usté una palabra de «tete a tete». Señor Sidonio, no sé si se habrá usté empapao de lo de la tinaja.

SIDONIO.—Hasta la camiseta.

SEÑOR CALIXTO.—Digo del móvil que me ha guiao a arrojarla. Yo la cogí ciego, señor Sidonio, y dije: «Los del patio se van a calar..., se van a calar que he sío yo; pero no le hace», y ¡pum!, con tapadera y todo, porque hay momentos en que el hombre dice, pecho al agua, y lo tira todo... ¡Más claro, agua!...

SIDONIO.—Una pregunta ociosa: ¿Usté es carpintero u el estanque de las campanillas?

SEÑOR CALIXTO.—Enfadao, el Mediterranio...; de bien a bien, apenas rezumo. Conque perdone usté el riego... y vamos al recao que me trae...

SIDONIO.—Vamos. *(Con indiferencia.)*

SEÑOR CALIXTO.—Señor Sidonio, a usté que es el marido... temporero, digámoslo así, de la señá Antonia, me dirijo en nombre de la señá Hilaria, pa que enfluya usté, con objeto de que vuelvan las cosas a su ser y estao, antes de que sobrevenga pa cualquiera de las dos familias un día de luto u al menos de medio luto. Espero su contestación... *(Sidonio calla. Pausa.)* Bueno, pus en vista de lo que usté me ha contestao, digo yo: ¿ama Manolo a la Julia? No, señor. Y no la ama, porque la Julia es tan fea, que paece talmente que al sujeto que la estaba dibujando la cara le menearon el

codo... Por lo tanto, hagan ustés que ese chica vuelva con la Amparo, y reflexionen ustés que el tener casa abierta y quinientos reales daos a réditos no es bastante pa hacer cisco picón a dos infelices mujeres que están sufriendo tanto y tanto ¡y tanto!...

SIDONIO.—Apúntese usté tres tantos.

SEÑOR CALIXTO.—Hombre, me choca que lo tome usté a juego.

SIDONIO.—*(Amenazando con el bastón.)* ¡Maldita siá!... *(Vuelve a su actitud reposada.)* Siga usté.

SEÑOR CALIXTO.—No; pero si lo va usté a tomar en ese sentido...

SIDONIO.—Mire usté, buen hombre: usté es un ave del Paraíso.

SEÑOR CALIXTO.—No creo que me lo haiga usté conocido en las plumas.

SIDONIO.—En el cacareo... Por lo tanto, la contestación pa la señá Hilaria es ésta: ¡Plim!

SEÑOR CALIXTO.—Un poco corta.

SIDONIO.—Póngala usté en cuatro carillas. Respetive a lo de la tinaja, vamos a argumentar.

SEÑOR CALIXTO.—*(Aparte.)* Ya pareció aquello.

SIDONIO.—Yo tengo reuma.

SEÑOR CALIXTO.—¡Caray, ve usté, si lo llego a saber les tiro a ustés una cómoda, que es un mueble más antirreumático!

SIDONIO.—Y usté me ha humedecido, y son *(Mirando al reloj.)* las nueve menos dos; bueno, pues a las nueve en punto las narices de usté habrán tomao otro giro. Faltan dos menutos.

SEÑOR CALIXTO.—Va usté adelantao...

SIDONIO.—Eche usté p'alante, que le voy a dar a usté dos azotes en despoblao. *(Empujándole violentamente.)*

SEÑOR CALIXTO.—Hombre, señor Sidonio.

SIDONIO.—Alante he dicho. *(Le lleva a empujones.)*

SEÑOR CALIXTO.—No avasalle usté, señor...

SIDONIO.—¡Ande usté, so perezoso! *(Vuelve a empujarle.)*

SEÑOR CALIXTO.—*(Indignado y fuera de sí.)* ¡Pus ande usté, vamos!... ¡Ya lo creo que vamos!... ¡Pero las señoras delante!... *(Se lleva a empujones a Sidonio.)*

SEÑOR ROMÁN.—*(Sale y va tras ellos.)* ¡Y se la va a arrear suave!... Ahora, que como el que pierda sea el señor Sidonio..., intervengo amistosamente. *(Acción de pegar con la estaca que lleva.)*

ESCENA V

ADELA, por la derecha, sola.

ADELA.—¿Dónde se habrá metío ese Calixto? Estoy temblando... Porque la verdá es que se encarga de unas comisiones que ya, ya...

VOCES LEJANAS.—¡Golfo! ¡Granuja! ¡Morral! ¡Guardias! ¡Aquí! ¡A ver, guardias! *(Todo esto dicho por voces distintas y dominando el escándalo propio de una riña en la calle.)*

ADELA.—Anda, ¿qué es eso? *(Mirando por donde se han ido.)* ¡Una bronca junto aquel solar!... Ya los separan... ¿Será él?... ¡Pero quia! Ahora, que de cosas como éstas no vuelve a encargarse en jamás de su vida...

ESCENA VI

DICHA y SEÑOR CALIXTO. Este sale lívido, descompuesto, la camisa rota, lleno de tierra y con dos papeles de fumar en la frente sobre dos chichones. Adela le ve salir serio y callado.

ADELA.—¡Calixto! Pero ¿eres tú? ¿Qué tiés en la cabeza?

SEÑOR CALIXTO.—Nada.

ADELA.—¿La arquilas?

SEÑOR CALIXTO.—¿Yo?

ADELA.—¡Como has puesto papeles!

SEÑOR CALIXTO.—¿Hay árnica en casa?

ADELA.—¡Acabáramos! ¿Lo estás viendo? ¿Y ha sido la cosa por el recao?

SEÑOR CALIXTO.—Dimes y diretes, cuatro bofetá y dos palos.

ADELA.—¿El se habrá llevao algo roto? *(Furiosa.)*

SEÑOR CALIXTO.—El bastón.

ADELA.—¿No le has matao?

SEÑOR CALIXTO.—No le he matao porque ya sabes tú lo que es el señor Sidonio, que en diciendo a pegar palos, no deja meter baza; pero a él no le tengo rencor, porque nos hemos pegao legalmente. Al que voy a hacer serrín en cuanto le coja es al señor Román.

ADELA.—¿Por qué?

SEÑOR CALIXTO.—Porque ha intermediao por congraciarse con el otro y me ha arreao por su cuenta dos estacazos que fíjate en las esquimosis. *(Le enseña la frente.)*

ADELA.—¡Conque el señor Román! ¡Cobarde! ¡Gallina!

SEÑOR CALIXTO.—¡No te alteres!... ¡Si no se va a la cama esta noche el sujeto ese con ocho u diez puntos de sutura en el chaflán *(Señalando la cabeza.)*, me dejo crecer el flequillo!... Arrea.

ADELA.—¡Vamos, y como yo le coja!... *(Vanse izquierda.)*

ESCENA VII

MANOLO, PEPE, dentro, y SEÑÁ HILARIA.

MANOLO.—*(Por la derecha.)* ¿Dónde se habrá metido ese hombre? Too el mundo esperándole y él... ¡Vaya una asaúra! Y no está por aquí... ¡Pepe! *(Llamando.)*

PEPE.—*(Dentro de la taberna.)* ¿Qué?

MANOLO.—¿Ha venido el señor Sidonio?

PEPE.—No le he visto. *(Manolo queda como hablando con el tabernero.)*

SEÑÁ HILARIA.—*(Viene como siguiendo a Manolo. Aparte.)* Le he seguido desde su casa dudando

si era él. ¡El es! Ahora me oye. ¡Gracias a Dios!

MANOLO.—Pus gracias y hasta mañana.

SEÑÁ HILARIA.—¡Manolo! *(Deteniéndole al ver que se marcha.)*

MANOLO.—¡Rediez, la señá Hilaria!

SEÑÁ HILARIA.—No te vayas, que tenemos que hablar. ¡Ya es hora!

MANOLO.—Señá Hilaria, usted me dispense; pero he dejao a unos amigos esperando...

SEÑÁ HILARIA.—No importa. Vengo decidida a hablarte; conque óyeme y acabemos pronto.

MANOLO.—Pues usté dirá lo que quiere. *(Resignándose de mala gana.)*

SEÑÁ HILARIA.—Manolo, lo que quiero decirte es poco; quiero decirte que confiada en ti, a ti te dió mi hija su alegría, su corazón y su vida, y tú, como si fueran guiñapos, has tirao too eso en metá e la calle; pus bien, yo vengo a exigirte que se lo devuelvas..., ¡no es mucho pedir!

MANOLO.—*(Titubeando.)* Yo quisiera que usté comprendiera lo que..., porque si yo pudiera explicarme...

SEÑÁ HILARIA.—No podrías; es mu difícil encontrar palabras pa las malas razones.

MANOLO.—No son malas razones, señá Hilaria, es la verdá..., y no es que yo no quisiese a la Amparo, sépalo usté, es que en cuanto la contaron a mi madre lo de su chica de usté y yo, lo tomó muy mal y me lo dijo claritamente: «U la dejas u te vas de casa», y yo lo sentí mucho; pero yo dependo de mi madre, no tengo oficio aprendido, como usté sabe, y no iba yo a salir por esas calles a darme de bofetás con el hambre hecho un golfo, teniendo mi casa y... y por eso fué el no volver.

SEÑÁ HILARIA.—Manolo, no sé cómo he tenío paciencia pa oírte. ¿De modo que por un pedazo de pan dejas un cariño que tienes y una pobre creatura sin vida y una madre con el alma traspasá?... Pues si tú haces too eso por un mendrugo, carcúlate tú lo que haré yo por un pedazo de mis entrañas... ¡Manolo, no me hagáis hacer más de lo que quiero! Y piénsalo bien y vuelve a mi casa;

porque si me matáis a mi hija, si me matáis a mi hija..., ¡no se va sola!... ¡Por éstas!... *(Jura.)*

MANOLO.—No me atormente usté más. ¿A qué voy a volver? A agravar las cosas y a perder yo mi bienestar.

SEÑÁ HILARIA.—¿El bienestar? ¡Qué sabes tú lo que es eso, desgraciao! Si quiés a la Amparo, si tiés corazón de hombre, tu bienestar es ir allí a devolverle la vida que le has quitao. ¡Ven, Manolo, ven, y cuando vivamos los tres juntos verás si hay bienestar que se compare al que da la alegría del cariño verdadero. ¿Que tiés miedo al hambre? ¡A ésa se la espanta con el trabajo! Conque si prefieres la vida de una mujer al bordao de la pechera, tira esos ringorrangos, ponte una blusa, trabaja, trabajemos los dos pa ella; ¡que aquel cuarto que te asusta por su miseria con dos tiestos de albahaca en la ventana, vuestro cariño y un pedazo de pan en el cajón, aquel pobre cuarto toavía pué ser pa nosotros un peazo de la gloria!

MANOLO.—¡Señá Hilaria!

SEÑÁ HILARIA.—¡Ven, Manolo, ven! ¡Miá que tú no sabes cómo te quiere! ¡Miá que su salú es mi vida! ¡No me robéis el único bien que tengo! ¡Ven, por Dios!... Y antes te amenazaba y ahora, ya lo ves..., ahora, si quieres, hasta... de rodillas te lo pido.

MANOLO.—*(Deteniéndola.)* ¡Pero si no pué ser!...

ESCENA VIII

DICHOS y AMPARO, por la derecha.

AMPARO.—*(Que ha salido poco antes, furiosa al ver a su madre que intenta arrodillarse.)* ¡Basta!

SEÑÁ HILARIA.—¡Hija!

MANOLO.—¡Ella! *(Con asombro.)*

AMPARO.—Pero ¿qué iba usté a hacer?... ¡No está mi salud toavía pa que se tire usté por los suelos!

SEÑÁ HILARIA.—¡Hija!

AMPARO.—*(A Manolo.)* Ni el cariño que a mí me hace falta es de los que se piden de limosna.

MANOLO.—¡Amparo!

AMPARO.—Mucho te he querío, no he sabío quererte más, ni mejor. Dispénsame. Lo he hecho engañada ¡Equivocadamente te había tomao por un hombre! *(Con amarga ironía.)* ¡Vámonos, madre!

SEÑÁ HILARIA.—¡Pero, hija!...

AMPARO.—Vámonos. *(Vanse derecha.)*

MANOLO.—¡Maldita siá!... *(Como luchando consigo mismo.)* ¡Tié razón, sí, tié razón!... *(En un arranque.)* ¡Amparo! ¡Amparo!... *(Vase llamándola a voces y corriendo tras ellas. Telón.)*

CUADRO CUARTO

El campillo de las Vistillas, con el mercado de melones que anualmente se sitúa en dicho lugar. Barracones, puestos cubiertos con esteras, etc., etc. Es de noche; los VENDEDORES pregonan sus mercancías, gente comprando melones; grupos animados de VECINOS sentados en el suelo, que comen sandías o melones. Es una noche de luna. Como horizonte, la ribera del Manzanares y la Casa de Campo. A la derecha, casas. En primer término, la taberna de la Señá Antonia, puerta practicable.

ESCENA PRIMERA

VENDEDORES, COMPRADORES. Grupo de gente, transeúntes. En un grupo tocan con acordeón «La de los claveles dobles». En otro tocan y cantan con guitarra unas carceleras.

VENDEDOR 1.º—¡Melones! ¡A cala, melones!

VENDEDOR 2.º—¿Qué quiere usté, señora? ¡Como el azúcar, como el azúcar!...

VENDEDOR 3.º—¡Sandías y melones!

VENDEDOR 1.º—Vamos, parroquiana... ¡A cala van, a cala van!

COMPRADORA.—¿A cómo? *(A Vendedor 1.º)*

VENDEDOR. 1.º—A veinte céntimos kilo, señora, como la miel.

COMPRADORA.—A perra gorda.

VENDEDOR 1.º—*(Al Vendedor 2.º)* Celedonio, conviene la perra de la señora?

VENDEDOR 2.º.—Gua, gua.

VENDEDOR 1.º—Dice que no. ¡A cala van, a cala van!...

JOVEN.—¿Qué quieres, sandía o melón?

POLLO.—Lo que tú quieras..

JOVEN.—¡Melón! A ver, buen hombre, uno de dos reales.

VENDEDOR 2.º.—Este. *(Le enseña uno pequeño)*

JOVEN.—¡Huy, qué pequeño!

VENDEDOR 2.º—¡Pero si pesa dos kilos!

JOVEN.—Es muy pequeño. *(Vanse.)*

VENDEDOR 2.º—Pero diga usted, señorita, ¿qué quiere usté por dos reales?

VENDEDORA.—El cimborrio del Escorial con patas, lo menos. Señorita, ¿a quién va usté a dar ese mico?

POLLO.—¡Grosera!

VENDEDOR 1.º.—¡Sandías y melones!

VENDEDOR 2.º.—¡A cala van, a cala!

VENDEDOR 3.º—¡Parroquianas, que son como la miel!

ESCENA II

AMPARO, MANOLO y, luego, SEÑÁ HILARIA, por primer término izquierda.

Música.

VENDEDORAS Y VENDEDORES.—*(Pregonan.)*
¡A cala melones!
¡Sandías y melones!

UN CANTADOR.
Me pegaste cuatro tientos
por ver si me blandeaba,
y me encontraste más firme
que la campana del alba.
(Salen Manolo y Amparo segundo término izquierda.)

MANOLO.
Amparo de mi vida,
yo siempre te he querido,
perdóname si he sido
quien te hizo a ti llorar;
que al ver que fuí yo solo
la causa de tus penas,
con sangre de mis venas
las quiero yo borrar.

AMPARO.
No necesitas
pedir, Manolo,
que te perdone
mi corazón;
que la que quiere,
como yo quiero,
en el cariño
lleva el perdón.

MANOLO.

Yo vivía queriendo olvidarte
y olvidarte, mi bien, no podía,
que el amor, el que quiere de veras,
lo lleva en el pecho, clavao noche y día.

AMPARO.

Yo me ahogaba llorando de angustia
y veía en tu amor mi castigo,
y hoy respiro feliz y dichosa
de verte conmigo.

MANOLO.

Pronto, Amparo, quiero verme
contigo por siempre unido
viviendo en una casita
donde tengamos los dos:
tú, flores en la ventana
para que alegren tus ojos;
yo, cantares en tus labios
que alegren mi corazón.

AMPARO.

Yo, flores en la ventana
para que alegren mis ojos;
tú, contemplándome siempre
pa alegrar mi corazón.
Me mata, Manolo,
la dicha de oírte,
pa siempre contigo
pa siempre a tu lao.

MANOLO.

Pa verte en mis brazos.

AMPARO.

Pa verme en tus ojos.

MANOLO.

Pa verte adorada.

AMPARO.

Pa verte adorao.

MANOLO.

¡Mi Amparo!

AMPARO.

¡Manolo!

MANOLO.

¡Mi vida!

AMPARO.

¡Mi bien!

LOS DOS.

¡Qué pena perderte!
¡Qué dicha tan grande
volverte a tener!

MANOLO.

¡Serrana!

AMPARO.

¡Serrano!

MANOLO.

¡Gitana!

AMPARO.

¡Gitano!

LOS DOS.

¡Ay!
¡Qué dicha tan grande
volverte a tener!

(Poco antes de terminar este número sale la Señá Hilaria por el segundo término izquierda; queda mirándolos con alegría, y va hacia ellos en cuanto comienza la escena hablada.)

Hablado.

MANOLO.—Pues sí, Amparo de mi alma, sí, ¡ahora siempre a tu lao!... siempre con ustés... nosotros a trabajar pa ti y tú a olvidarlo tóo y a ponerte buena.

AMPARO.—¡Ay, Manolo, si de verte conmigo ya no siento más que alegría!

SEÑÁ HILARIA.—¡Duras nos las has hecho pasar charrán! *(En tono cariñoso.)*

MANOLO.—¡Perdóneme usté, señá Hilaria!

SEÑÁ HILARIA.—Con toa el alma... ¡Y más que hubieses hecho! *(Se abrazan.)*

MANOLO.—Bueno, y ahora a lo que hemos venío. Aguárdenme ustés aquí, que voy a entrar a hablar con mi madre.

SEÑÁ HILARIA.—Eso va a ser lo duro, ya verás.

MANOLO.—No importa; estoy decidío.

AMPARO.—¡Ay, Manolo, me da miedo que entres!... No va a consentir.

MANOLO.—U pué que sí... Yo la hablaré al alma. Ella, en el fondo, es buena y acederá... y si no... me iré de mi casa... ¡Qué lo voy a hacer!...

AMPARO.—¡Oye! *(Llamando la atención hacia la taberna.)*

SEÑÁ HILARIA.—Parece que salen...

MANOLO.—*(Mirando.)* Sí, ella es. Ustés, tranquilas.

ESCENA III

DICHOS y SEÑÁ ANTONIA, que sale de la taberna.

SEÑÁ ANTONIA.—*(Abriendo la puerta de la taberna y saliendo.)* Aguardarse un momento, que en seguida... *(Figura hablar con los de dentro.)*

MANOLO.—*(Adelantando.)* ¡Madre!

SEÑÁ ANTONIA.—¡Manolo! ¿Eres tú?... Anda, entra.

MANOLO.—No puedo... no vengo solo... mire usé. *(Señalando a la Amparo y a la Señá Hilaria, que se han quedao algo separadas.)*

SEÑÁ ANTONIA.—*(Fijándose y con asombro.)* ¡Ellas!... Oye, pero ¿qué es esto?... ¡Tú con ellas! *(Indignada.)*

MANOLO.—Sí, señora... yo, con ellas... y ahora... ¡ya es pa siempre, madre!

SEÑÁ ANTONIA.—*(Indignada.)* ¿Qué dices?

MANOLO.—No se enfade usté, pero...

SEÑÁ ANTONIA.—*(Furiosa, a ellas.)* Pero ¿te han engatusao otra vez esas...?

SEÑÁ HILARIA.—¡Señá Antonia! *(Yendo hacia ella.)*

MANOLO.—*(Con decisión.)* No me ha engatusao nadie; lo que ha pasao aquí es que yo, con no tenerle apego al trabajo, no he tenío arranque pa na..., y me he dejao traer y llevar como un zarandillo; y entre tóos hemos estao matando a esta pobre creatura, y eso no pué ser, porque yo no quiero... que aunque ustés digan que no, el cariño dice que sí, y al remate ha triunfao el cariño, porque el cariño pué más que tóo... y usté, madre, debe reflexionarlo y debe usté consentir...

SEÑÁ ANTONIA.—*(Airada.)* ¡Yo!... ¿Que consienta yo?... ¡Primero me hacen tiras! Y ya sabes lo que te he dicho siempre, Manolo, u ella u yo... elige.

MANOLO.—Usté y ella... ¡Ya he elegido! *(Con gran energía.)*

SEÑÁ ANTONIA.—Una de las dos. *(Airada.)*

MANOLO.—Las dos. *(Con decisión creciente.)*

SEÑÁ ANTONIA.—Una.

MANOLO.—*(Exaltadísimo.)* ¡Las dos, rediez, que las dos son mías! *(Cambiando de tono y con amargura.)* Ahora, si no quié usté na conmigo, quede usté con Dios.

SEÑÁ ANTONIA.—Anda con Dios, descastao... Y ustés ya se han salío con la suya. Ya puen ustés reírse, pero como hay Dios, que no les aprovecha a ustés. *(Llamando.)* ¡Sidonio! ¡Sidonio! ¡Sal, hombre, sal, que es cosa de ver!

SEÑÁ HILARIA.—Vámonos, Manolo.
AMPARO.—Vámonos, anda...
MANOLO.—¿Qué es eso de irse?... Aguárdense ustés...

ESCENA IV

DICHOS y SIDONIO, que sale de la taberna.

SIDONIO.—¿Qué ocurre?
SEÑÁ ANTONIA.—¡Casi na... fíjate!
SIDONIO.—¿Qué es eso? *(Asombrado.)* ¿Manolo con ellas?
SEÑÁ ANTONIA.—Ahí lo tienes, que se marcha de conmigo. Que se casa con esa...
SIDONIO.—¿Quién se casa?
MANOLO.—Servidor.
SIDONIO.—¿Tú?
MANOLO.—En persona.
SIDONIO.—Oye, oye, oye... de moo que por lo visto has cogío la obediencia materna y pa migas.
MANOLO.—Hago lo que debo.
SEÑÁ ANTONIA.—Ahí tiés la gratitú... Descrísmate por los hijos... pa que luego se vayan con la primera que venga... y dejan a una madre...
MANOLO.—Pero no diga usté tonterías, ¡por Dios! Usté es la que nos deja, yo venía por la paz y a ofrecerle a usté mi cariño y el de ésta.
AMPARO.—Sí, señá Antonia.
SEÑÁ ANTONIA.—No me hace falta nada de usté.
MANOLO.—Pues quede usté con Dios, y cuando vuelva usté a la razón, no tenga usté reparo en buscarlo, que aún encontrará usté en nosotros el cariño que hoy no quiere. Vámonos, Amparo... Ande usté, señá Hilaria. *(Hacen mutis.)*
SEÑÁ ANTONIA.—*(Llorando.)* ¿Pero lo ves? ¿Lo estás viendo? ¡Estás viendo qué hijos! ¡Y se va! ¡Y se va!
SIDONIO.—*(Indignado.)* Déjalo que se vaya.
SEÑÁ ANTONIA.—*(En un arranque de amor ma-*

ternal.) ¡Sí, claro!... ¡Déjalo que se vaya!... ¡So morral, *como tú no le has parido!* (1) *(Entre enternecida y rabiosa.)* ¡Manolo!... ¡Manolo!... *(Llamándole.)*

MANOLO.—*(Saliendo, seguido de Hilaria y Amparo.)* ¡Madre!

SEÑÁ ANTONIA.—¡Ven aquí, so descastao!... *(Empujándole.)* ¡Y tú también!... *(A Amparo.)* No te hagas ahora la cursi...

AMPARO.—¡Señá Antonia! *(La abraza.)*

SEÑÁ ANTONIA.—¡Me vais a matar a disgustos!

SEÑÁ HILARIA.—¡Ay, gracias a Dios!

SIDONIO.—Señores; ¡pero qué titánica es la maternidad! *(Volviéndose a la Señá Hilaria.)* Y usté, pa lo que falta, venga usté a mi regazo...

SEÑÁ ANTONIA.—Sí, venga usté..., y no crea usté que soy tan mala como esa fama que me han ido ustés poniendo... ¡que yo también sé abrir los brazos!...

SEÑÁ HILARIA.—Y yo sé ir a ellos, que no crea usté que es cosa fácil después de lo que ha pasao... *(Se abrazan.)*

MANOLO.—¡Así, a olvidarlo too!

AMPARO.—¡Por mí, too!

SEÑÁ HILARIA.—¡Y por mí!...

SIDONIO.—*(A la Señá Antonia.)* Bueno, y en total, ¿tú ves esto?... pues esto va a tener el resultao que yo me figuraba...

SEÑÁ ANTONIA.—¿Cuál?

SIDONIO.—¡Nietos!

---

(1) El público de Madrid, la noche del estreno de esta obra, protestó de las palabras subrayadas, y, además, al día siguiente, algunos periódicos aseguraron que era una frase de mal gusto, y como «provisionalmente, y hasta ver en qué para esto», es posible que tengan razón, ruego a los directores de escena que en aquellos sitios donde consideren que la palabra *parido* pueda ser un peligro, la sustituyan haciendo decir en su lugar: ¡*Como tú no le has llevao en las entrañas*!... Y si esto pareciera también excesivo, se puede recurrir al honesto «dar a luz...», en cuyo caso ustedes verán...

ESCENA V

DICHOS, INVITADOS e INVITADAS de la taberna, VENDEDORES y VENDEDORAS de los puestos. ROMÁN, ADELA y CALIXTO y gente que los sigue por la izquierda. Después, JULIA.

UNA VOZ.—*(Dentro.)* ¡Guardias!

OTRA.—*(Idem.)* ¡Socorro!... ¡Separarlos!

OTRA.—*(Idem.)* ¡Que se matan!

OTRA.—*(Idem.)* ¡Aquí, guardias! *(Gran jaleo, voces, escándalo. Los Vendedores salen de sus puestos y se agrupan hacia donde se oye el alboroto; corre la gente de un lado a otro.)*

AMPARO.—¿Qué es eso?

SEÑÁ ANTONIA.—¿Qué pasa?

SIDONIO.—Corren hacia allá... *(A la izquierda.)*

INVITADO 1.º—*(Saliendo con los demás.)* ¿Qué sucede?

MANOLO.—No sabemos... *(En este momento sale el Señor Román lívido, descompuesto, con el pelo en desorden; trae el saqué hecho jirones y el pantalón rasgado. La cara llena de arañazos. Viene corriendo. Le sigue Adela hecha una furia, Señor Calixto la sigue, intentando sujetarla.)*

ADELA.—*(Al Señor Román, dando golpes.)* ¡Golfo! ¡Tunarra!

SEÑOR ROMÁN.—¡Sujetarla, que se me lleva un faldón!... ¡Por Dios, sujetarla!

ADELA.—¡Ladrón, más que ladrón!

SEÑOR CALIXTO.—Refrénate, Adela, que te se cae el rodete...

SIDONIO.—¡Anda Dios, Román!...

MANOLO.—*(Interviniendo y sujetando a Adela.)* ¿Pero qué es esto?

SEÑOR CALIXTO.—¡Un rompecabezas!... ¡Esto no es una mujer!

ADELA.—¡So murguista!... So...

SEÑOR ROMÁN.—¡Tía bruja!...

SIDONIO.—Déjala, que es una señora.

SEÑOR ROMÁN.—¡Qué va a ser una señora, hombre, si eso es un sacabocaos!

ADELA.—*(Al Señor Román.)* Y nos volveremos a ver.

SEÑOR ROMÁN.—¡Ya lo creo que nos volveremos a ver! *(Aparte.)* Pero muy de lejos.

SEÑÁ ANTONIA.—¿Y qué ha sido?

SEÑOR ROMÁN.—Pues, ¡que no se puede uno meter con personas de rompe y rasga!..., ¡porque ya ve usté!... *(Enseñándole los destrozos de su traje.)*

SEÑOR CALIXTO.—Lo que ha sido es que el señor Sidonio y un servidor nos estábamos dando de mamporros, amigablemente, cuando el señor ha terciao ...

SEÑOR ROMÁN.—Pa separarle a usté...

SEÑOR CALIXTO.—Sí, pa separarme las narices de la cara... Yo se lo he contao a ésta... y como tengo una consorte que no es una «donna inmóvile», ni mucho menos... pues, en cuanto le ha visto, se ha ido a él, sin darme tiempo; y «¡Ercelomo!»

MANOLO.—¡Vaya, pues calmarse ya!...

SEÑOR ROMÁN.—*(A Señá Antonia, reparando en Señá Hilaria y Amparo.)* Oiga usté, ¿pero qué hace aquí esta gente?

SEÑÁ HILARIA.—Pues, veníamos a ver si tenía usté algo que remendar.

SEÑOR ROMÁN.—¡Poquito pitorreo, señora!...

SEÑOR CALIXTO.—¡Es verdad! ¿Pero ustés? *(Con extrañeza, reparando en la Señá Hilaria.)*

MANOLO.—¡Qué se ha arreglao tóo!

ADELA.—¿De veras?

SEÑÁ ANTONIA.—Sí, señora. ¡Que se casan!

SEÑOR CALIXTO.—Bendita sea esa boca y que sea enhorabuena. *(Dándole la mano a Señá Hilaria y a Amparo. Luego va hacia el Señor Sidonio, quitándose el sombrero.)* Señor Sidonio, queda retirao el líquido.

SIDONIO.—Retirao. *(Se dan las manos.)*

SEÑOR ROMÁN.—¡Espuerta e gatos! *(Le da un tirón del moño a la Señá Adela y echa o correr.)*

ADELA.—¡Ay!... ¡Ladrón!... ¡Cogerlo, que se me ha llevao media mata!...

TODOS.—¡Fuera! ¡Fuera!

ADELA.—¡Mátalo!

SEÑOR CALIXTO.—¡Vaya con Dios!... Déjale.

JULIA.—Bueno, y si es verdad lo que he oído, ¿yo qué...?

MANOLO.—Dispensa, Julia, pero...

SEÑOR CALIXTO.—Yo que usté, me evadía...

JULIA.—¡Charranes! ¡Indecentes!

SEÑÁ ASUNCIÓN.—¡Gentuza! Vamos, hija, vamos.

SIDONIO.—Oigan ustés...

SEÑÁ ANTONIA.—Déjalas, que tién razón.

SEÑOR CALIXTO.—¡Y viva la alegría! Y a ser felices, jóvenes. Y tú *(A Amparo.)*, ahora es cuando yo te recomiendo la receta de lo del aguardiente de mi mujer: si quiés ser amiga mía, que dentro de seis u siete años te vea yo con ocho o diez cominos. *(Señalando la altura de un niño.)*

SEÑÁ HILARIA.—Y el aguardiente pa usté.

SEÑOR CALIXTO.—¡Ole!

TODOS.—¡Bien, bien!

SEÑOR CALIXTO.—*(Al público.)*

Y perdón por las faltas
de este sainete
os pedimos a todos
humildemente. *(Música. Telón.)*

FIN DE
«SANDÍAS Y MELONES»